

defensor caritativo y afable. ¡ Qué consuelo para vosotros, católicos, es hallar todas estas prendas en el pastor fiel que el Señor os ha suscitado en su misericordia! esto es hallar un doctor sabio que os instruya, un ministro recto que os corrija, y un padre amoroso que os socorra y consuele en vuestros trabajos, y os facilite á todos los caminos de la vida eterna. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN ESTÉBAN, PROTOMÁRTIR.

(DE TRONCOSO.)

Stephanus plenus gratia et fortitudine, faciebat prodigia et signa magna in populo.

Estéban lleno de gracia y de fortaleza, obraba grandes prodigios y milagros en el pueblo.

Act. c. 6. v. 8.

Hé aquí el grande elogio que las sagradas páginas hacen del insigne santo que hoy honramos con la iglesia católica: « Estéban lleno de gracia y de fortaleza, obraba grandes prodigios y milagros en el pueblo. » Convengo, señores, en que no puede decirse mas en breves palabras de un hombre mortal. Convengo en que la gracia le previno desde luego con sus mas abundantes bendiciones, y no estoy ménos persuadido de que no cedió en fortaleza á cuantos le habian precedido, ni tuvo nada que envidiar á los que en pos de él vivieron. Empero ¿ dónde están sus prodigios? ¿ Cuáles son los sorprendentes milagros que le hicieron merecer una nota tan sublime en boca del mismo espíritu de Dios? Yo registro con avidéz los libros divinos; leo con atencion lo que acerca de él nos han legado á traves de tantos siglos los escritores inspirados, y cuando juzgaba hallar hechos extraordinarios, acontecimientos singulares, portentos, en fin, iguales ó mayores que los de los Elías, Eliseos y otros muchos de que hacen mencion las santas Escrituras, nada encuentro en este género que deba sorprenderme.

Así pensaba yo, católico auditorio, al preparar la materia de mi discurso, y me lamentaba con amargura de que tan parcamente hubiese hablado el autor de las Actas de los apóstoles

acerca de un personaje tan célebre en la iglesia, y á quien por otra parte no dudó tributar un encomio jamas oído hasta entónces de hombre alguno. Pero toda mi sorpresa se convirtió en entusiasmo cuando consideré á san Estéban bajo el carácter de primer mártir de Jesucristo. Oh! ¡qué ideas tan lisonjeras ocuparon mi mente! ¡qué gozo tan extraordinario se apoderó de mi corazón! Entónces, léjos de desear en mi héroe aquellos portentos y maravillas que la Escritura pasa en silencio, para formar mi oracion, me hallé como abrumado bajo el peso de tanta gloria. ¡Primer mártir de Jesucristo! ¡Primer confesor de la fe! ¿Puede darse mayor milagro? ¿Qué me importa ya el saber lo que ántes hiciera, sabiendo que fué el primero que dió la vida por confesar la fe del Crucificado? Un acontecimiento tan singular, supone desde luego otros muchos; una victoria tan nunca vista, no podia ménos de ser precedida por triunfos los mas brillantes; un portentoso tan sin semejante debió ser inaugurado con maravillas sin número. Nada empero de esto necesito ya en este momento para elogiar á mi héroe. Si se me dijese que como Moises habia cubierto de plagas á todo un reino, sacado agua de los duros peñascos, y abiértose paso franco por entre las olas del mar; que como David habia desquijarado los osos y los leones y abatido la pujanza de los gigantes; que como Josué habia detenido el curso del sol por espacio de siete horas; que como Elías habia sujetado á su palabra la fuerza de los elementos; que como Eliseo habia mandado á la muerte y triunfado de su imperio; que como Pedro habia sanado con el contacto de su sombra á los enfermos.... Cuanto de mas maravilloso pudiera referirse de san Estéban, seria nada comparado con este elogio: ¡fué el primer mártir de Jesucristo! ¡fué el que ántes que ningun otro selló con su sangre el testimonio de su fe!

Hé ahí, señores, el carácter exclusivo de nuestro ilustre santo: hé ahí lo que le ha merecido la admiracion de todo el orbe católico. Morir por Cristo es un acto del mayor heroísmo, que supone en quien así lo ejecuta un fondo de fe, de grandeza de alma y de valor intrépido, superior á todo encarecimiento; pero morir el primero, ser el ejemplar, el prototipo de los mártires, es una circunstancia que coloca á san Estéban en la mayor altura á que puede elevarse un hombre,

Esta circunstancia será la que forme el asunto de mi discurs-

so. Ensalcen otros en buen hora su virtud, su inocencia y las demas prendas que le hicieron digno de ser escogido por inspiracion divina, con preferencia á todos los demas discípulos, para desempeñar el honroso cargo de servir al altar y proveer al sostenimiento de las viudas; encomien su sabiduría y su elocuencia cuando disputaba con los libertinos, los cirneos, los alejandrinos, los cilicianos y los asiáticos, y los confundia hasta hacerlos emudecer; yo solo os diré que fué el primer mártir de Jesucristo, y esto solo bastará para persuadiros de que fué el mayor prodigio de la gracia y el mas insigne portentoso de fortaleza. *Stephanus plenus gratia et fortitudine, faciebat prodigia et signa magna in populo.*

¡Oh Jesus, rey de los mártires y cabeza de los predestinados! dignaos infundirme un rayo de aquella gracia que derramasteis sobre vuestro fervoroso discípulo san Estéban, para que, cual cumple á mi ministerio y merece su heroísmo, sepa yo elogiar el mérito indisputable que sobre todos le distingue por haber sido las primicias del martirio. Os lo suplico encarecidamente por los merecimientos de vuestra divina Madre, á quien saludo reverente con las palabras del ángel: *Ave María.*

REFLEXION UNICA.

Quando os represento á san Estéban como el mayor prodigio de la gracia y el mas insigne portentoso de fortaleza, en virtud de haber sido el primero que dió su vida por Jesucristo, me fundo en un principio establecido por el padre san Juan Crisóstomo y reconocido por la razon misma. «No es lo mismo, dice el santo doctor, marchar por un camino antiguo y trillado por una muchedumbre de caminantes, que entrar el primero en un camino nuevo, desconocido y escabroso.» ¿Qué comparacion puede haber entre aquellos hombres que sin haber experimentado jamas los peligros de un mar borrascoso, se lanzaron los primeros en sus aguas confiando su existencia á un frágil leño, y los que ahora navegan despues de haber estudiado ya los medios de precaverse de los riesgos de ese furioso elemento? Digo esto, señores, porque avezados hoy dia á contemplar ese número prodigioso de hombres, de mujeres, de jóvenes, de niños que en la sucesion de siglos se han ofrecido víctimas de la fe ante las aras del Crucificado, tal vez pudiera parecernos ménos

digno de admiracion el martirio de nuestro insigne santo. La circunstancia empero de haber sido el primero que sin ejemplo alguno se decidió á pasar el mar rojo de su propia sangre, da un realce tan extraordinario á su mérito, que le constituye en un estado exclusivo y le coloca en un grado superior á cuanto puede imaginarse en este punto. Es cierto, dice el Crisólogo, que todos los mártires de Jesus pisaron el mismo camino que habia pisado Estéban; mas ¡qué diferencia tan enorme hay entre este y aquellos! Tanta como entre el conductor de un ejército que va el primero á presentar su pecho á los tiros del enemigo, y los que en pos de él siguen las huellas que aquel les mostrara. ¡Qué valor no infunde en el corazon del hombre el verse precedido por otro en un negocio arduo, en una empresa arriesgada! ¡Con cuánta mas audacia corren al asalto los combatientes, cuando aperciben á uno que ya se avanza sobre la muralla! Ora sea presuncion temeraria, ora esperanza justa, cada cual se cree capaz de ejecutar lo que ya ha visto realizado por su semejante. Cuando los ejércitos del ilustre Macabeo marchaban contra Cendebeo, al dar ya vista á los enemigos, se hallaron obstruidos por un impetuoso torrente. Todos los soldados se vieron ocupados de un pánico terror; ni uno solo hubo que se atreviese á exponerse al peligro. Entónces el magnánimo jefe, lanzándose en medio de las aguas, pasó el torrente, y tras él siguieron los demas. ¡Tan grande es el poder del ejemplo para ahuyentar del corazon humano la cobardía que engendra la presencia de un gran peligro.

Ahora bien, señores, ¿qué ejemplos habia presenciado Estéban que pudiesen alentarle á despreciar los riesgos de una muerte que de por sí es capaz de llenar de espanto al mas valeroso guerrero? Verdad es que el mundo habia visto morir á un Isaías aserrado por medio del cuerpo; á un Zacarías asesinado entre el templo y el altar; á un Eliazaro desgarrado con el hierro, y á otros muchos de que hacen honorífica mencion los sagrados Libros; pero todos ellos habian muerto por sostener una ley antigua, acreditada, honorable, que les recordaba sus profetas, les ponía á la vista sus capitanes, les representaba sus templos, sus sacerdotes, sus sacrificios. Estéban por el contrario, murió el primero por una ley que todavía estaba en la infancia, que no reconocía otro legislador mas que á un Crucificado, ni tenía mas maestros que doce pescadores del mar de

Galilea. ¿Qué fortaleza pues no se hacia preciso tener entónces para atreverse á salir á su defensa, y oponerse casi solo á todo un pueblo incrédulo y furibundo que le miraba con el mayor desprecio, á unos enemigos autorizados y que ejercian todo el prestigio necesario para hacerse creer y obedecer de sus conciudadanos?

¡Oh iglesia naciente de Jerusalem! tú viste á ese tierno renuevo de la fe salir á la liza y defender con el mayor brio la divinidad de aquel que poco tiempo ántes habia sido condenado al infame suplicio de los malhechores. Tú le viste sostener aquella religion que el judío carnal calificaba de escándalo, y el ciego idólatra miraba como un delirio. Tú le viste predicar en presencia de cuanto Jerusalem encerraba de mas sabio y versado en las antiguas tradiciones, con una unción tan persuasiva y una elocuencia tan feliz, que ninguno era capaz de contrarrestarle, ni podia esquivar la fuerza de aquel espíritu que hablaba en él.

Y no creais, católicos, que Estéban hubiese sido educado en aquella ley nueva de Cristo, entónces tan envilecida y despreciada: él habia estudiado y aprendido desde su niñez la ley de Moises que hasta entónces gozaba de una gran celebridad. Si pues con todo su celo se hubiese consagrado á la defensa de las leyes paternas, nada hubiera habido de extraordinario en que por su sostenimiento hubiese llegado á despreciar su propia vida. Es muy natural defender unas creencias que se han mamado con la leche. Militan en su favor el nacimiento, la educacion y la costumbre. No poco contribuye á confirmarse en ellas la reverencia debida á los antepasados que las siguieron, el amor á los padres que se las inspiraron, los preceptos de las escuelas que las establecieron, el consentimiento de los antecesores que las practicaron, y el ejemplo de los presentes que las comprueban. Pero declararse contra la opinion comun y contra la propia, oponiéndose al mismo tiempo al ejemplo de los presentes, al consentimiento de los pasados, á los preceptos de la escuela, al amor de los padres, á la reverencia á los predecesores, á la costumbre, á la educacion, al nacimiento, ah! esto exige un temple de alma nada comun, esto arguye en quien así obra gran viveza de fe, mucha plenitud de gracia y una elevacion de inteligencia superior á cuanto puede expresarse. Tal es el mérito de nuestro héroe, y lo que le constituye en una altura

mayor que todos los demas mártires de Jesus. Estos por lo regular defendieron una ley en que habian nacido, que habian mamado siendo niños, y á la que se habian aficionado cuando adultos : y cuando no, tenian á la vista las huellas de otros muchos que la siguieron y rubricaron con su sangre ; en vez que Estéban , á mas de que ninguna circunstancia favorable hallaba en aquella ley, objeto de su celo, era el primero que se presentaba en la arena para defenderla. Este pensamiento es de san Agustin (1).

Las sagradas páginas confirman expresamente la verdad que acabamos de exponer. Refieren pues las Actas de los apóstoles, que viendo los enemigos de Cristo que no les era posible vencer á Estéban con el raciocinio, recurrieron al soborno ; ganaron á algunos de su partido para que dijese que le habian oído proferir blasfemias contra Moises y contra Dios. En efecto, alborótase el pueblo, sublévanse los ancianos y los escribas , y arrojándose sobre el desvalido discípulo, le arrastran al concilio. Allí se presentan testigos falsos que dicen : Este hombre no cesa de proferir palabras contra el lugar santo y contra la ley. Nosotros mismos le hemos oído decir que aquel Jesus Nazareno ha de destruir este lugar y mudar las tradiciones que nos dejara ordenadas Moises.

Oh ! ¡quién pudiera representaros aquí el bello espectáculo que presenció entónces la deicida Jerusalem ! Veriais á Estéban presentarse delante del concilio con una serenidad admirable, con una paz de corazon que se dejaba vislumbrar en su rostro, de tal manera , que fijando en él los ojos cuantos se hallaban presentes , les parecia ver el rostro de un ángel. Veríaisle responder á las acusaciones de sus encarnizados adversarios con una facundia extraordinaria , con una unción toda celestial y con argumentos que no admitian la menor réplica. ¡ Con qué palabras tan persuasivas testificó su profundo respeto á los antiguos patriarcas , remontándose hasta la vocacion de Abraham y reproduciendo las promesas hechas á su posteridad ! ¡ Con qué veneracion habló de José , haciendo mencion de su cautiverio en Egipto, de su exaltacion á la segunda dignidad del imperio, de su bondadosa clemencia hácia sus pérfidos hermanos, de su

(1) *Si quid enim distare inter martyres potest, præcipuus videtur esse qui primus est.* (S. August., Serm. de S. Steph.)

piedad filial y de los honores que rindió á la memoria de su padre Jacob ! ¡ Qué feliz estuvo cuando llegó á Moises , de quien se le acusaba de haber blasfemado ! Despues de haberse extendido en referir su nacimiento, el medio prodigioso con que fué libertado de las aguas por la hija de Faraon , su educacion secreta, su instruccion extraordinaria en todas las ciencias de los egipcios, su fuga al país de los madianitas, su vocacion para ser el libertador del pueblo israelítico y los demas acontecimientos portentosos de su vida, lleno de un santo celo, apostrofa á sus enemigos y les da en rostro con su ingratitud , haciéndoles ver que los judíos habian desechado este profeta enviado por Dios para sacarles del cautiverio, revelándose contra él y erigiendo ídolos de metal en el desierto. En proporcion que habla, enardecese mas su celo, su espíritu se eleva, su alma se engrandece, arrebatáale un sagrado entusiasmo y exclama : « ¡ Oh hombres de dura cerviz y de corazon incircunciso ! Vosotros resistis siempre al Espíritu santo. Como fueron vuestros padres así sois vosotros. ¿ Á qué profeta no persiguieron vuestros padres ? Ellos son los que mataron á los que les anunciaban la venida de ese justo á quien vosotros acabais de entregar y de quien habeis sido homicidas. Habeis recibido la ley por el ministerio de los ángeles y no la habeis observado.

Católicos ! ¿ no admirais el valor impertérrito de Estéban, que de esta suerte se atreve á producirse en medio de una asamblea de émulos que le aborrecen, que desean vengarse de él, que no respiran sino amenazas, tormentos y muerte ? Si hubiese sido uno de aquellos apóstoles privilegiados admitidos por Jesucristo á la participacion secreta de las celestiales revelaciones, su lenguaje no deberia causarnos tanto asombro. Si como Juan hubiese reposado sobre el seno amoroso del divino Salvador ; si como Pedro hubiese presenciado la transfiguracion portentosa del Tabor, su fe, aunque siempre digna de elogio, no nos pareceria tan extraordinaria ; pero que esta fe se halle en un simple discípulo que no habia sido privilegiado con una vocacion singular, ni habia sido testigo de las conversaciones familiares del Hombre-Dios, ni elegido por él para los grandiosos designios de su gloria... ah ! esto es mérito singular, incomparable, inmenso, tal en fin, que no puedo ménos de adoptar la opinion de san Clemente, y decir que la caridad